

# EL OTOÑO DEL MATRIMONIO: ENVEJECER JUNTOS

Reflexiones de un matrimonio cristiano desde su *otoño* en *plenitud*

URBANO DE LA VARGA y PAQUITA ÁVILA

No pretendemos en estas “reflexiones” hacer una exposición profunda, ni glosar opiniones sobre el tema de autores reconocidos. Simplemente, deseamos ofrecer un puñado de reflexiones personales. Por ello eludimos expresamente esas referencias, enriquecedoras sin duda, pero no nuestras. La Biblia y, cómo no, san Agustín, en alusiones conocidas por todos, serán nuestras únicas citas, y no como texto para ser comentado, sino como apoyo de nuestras “reflexiones”.

## ¿OTOÑO DEL MATRIMONIO?

Suele, a veces, tomarse la estación del *otoño* como sinónimo de decadencia, declive, descenso... Y, al menos, aparentemente, lo es. La vida se va preparando, lentamente, en el vientre de la madre-tierra en *invierno*; eclosiona y se manifiesta con fuerza desbordante en *primavera*; luce su plenitud de cosecha lograda en *verano*, y se rinde, para dejar paso a un nuevo ciclo, en *otoño*. Este es el momento en que parece que la vida se le escapa de las manos a la naturaleza: el declive. Así lo vemos y así ocurre en el mundo que nos rodea.

Pero este ciclo vital no es transferible totalmente al ser humano. El hombre no es un eslabón más en el devenir de la naturaleza. Es curioso y significativo cómo se aborda en la Biblia la aparición del ser humano: Dios va *dando forma* a la creación en un orden ascendente, como si fuera superándose a sí mismo, hasta llegar a los animales vivientes *de diferentes especies... y vio que todo esto era bueno* (Gn 1,24-25). Pero al llegar la hora de crear al hombre, *dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...”* (Gn 1,26). Ahí está el salto cualitativo: no es un eslabón más; es el eslabón final en el que se aprecia como si Dios volcara su poder en un acto de amor creador insuperable, incomprensible. Es el eslabón final.

De esa forma, El Señor elevó al hombre sobre la creación para estar más cerca de Dios que de las criaturas: Ya en ese instante se hace realidad lo que se explicita en el Nuevo Testamento (1 Jn 3,1): *Considerad el amor tan grande que nos ha demostrado el Padre hasta el punto de llamarnos hijos de Dios, y en verdad lo somos.*

Todo el universo es obra, criatura de Dios. Pero **no** todo el universo está hecho *a imagen y semejanza de Dios*. Por eso el ser humano, si bien, en el aspecto fisiológico, su ciclo vital es paralelo al de las plantas o los animales que nos rodean (nace, crece, se reproduce, muere...), sin embargo es poseedor de **algo** que lo sitúa por encima del resto de la creación. Y ese **algo** – para nosotros, **el alma**: regalo especial de Dios al ser humano – no *decae* con el otoño de nuestras vidas. Más bien logra su plena madurez y, al igual que la fruta madura **cae** al suelo para iniciar con su semilla un nuevo ciclo vital, el alma **cae** en las manos del Padre, también para iniciar un nuevo ciclo: el de la

vida inmortal de la que somos acreedores, no por nuestros merecimientos, sino porque el amor de Dios nos ha regalado ese derecho al crearnos *a su imagen*.

## OTOÑO DEL MATRIMONIO: PLENITUD DE VIDA

Por eso, desde esta perspectiva, preferimos calificar a nuestra *tercera edad* (¡vaya eufemismo!), no como el *otoño* de la vida, sino como el *momento de plenitud de esta vida* que nos aboca a *una vida en plenitud, la vida definitiva en la casa del Padre: el descanso en las manos del Señor*. Así lo veía ya Jorge Manrique en sus “Coplas a la muerte de su padre”:

*Este mundo es el camino  
para el otro que es morada  
sin pesar;*

.....

***partimos** cuando nacemos  
**andamos** mientras vivimos,  
y **llegamos**  
al tiempo que fenecemos;  
así que, cuando morimos,  
**descansamos**.*

Podría interpretarse esto como un intento de evasión fácil, pero lo cierto es que, si enfocamos la vida desde el punto de vista cristiano, es así. Y tenemos el derecho y el deber de enfocarla así. En realidad, si fuéramos coherentes, impregnaríamos nuestra vida entera de ese amor de Dios que nos ha hecho semejantes a él y, desde el momento del bautismo, nos ha honrado con el insuperable *título de cristianos: hombres de Cristo*, como fruto, no de nuestro esfuerzo, sino del amor de Dios.

Ese amor de Dios al hombre, que con tanta ternura se manifiesta en el evangelio y en las cartas de Juan, empapa nuestra existencia: para el ser humano, *Dios es amor* (1 Jn 4,8) **desde** siempre y **para** siempre.

**¡Desde** siempre y **para** siempre! Y donde hay amor, hay vida: VIDA en el sentido pleno de la palabra; vida que supera a la propia muerte física, como ya cantó Quevedo en su famoso soneto al *amor humano*, “Amor más poderoso que la muerte”.

## PLENITUD DE AMOR

Nosotros, sin embargo, hablamos del AMOR (con mayúscula), también humano, pero impregnado – por el sacramento del matrimonio – del soplo del Espíritu de Dios, que ES AMOR. En esa celebración, tal vez trivializada, creemos que Dios derrama su gracia y santifica nuestra unión con el *buen vino* del *amor* que nos acompañará siempre en esta vida y en la otra.

Nos gusta recordar el episodio de las bodas de Caná: el propio Jesús bendice a aquellos novios con un *vino nuevo*, no salido de la vid, sino de la comprensión y la ternura de un “Dios-con-nosotros” que se preocupa de nuestras carencias – *no les queda vino* – (Jn 2,3) y nos mimaba con detalles inesperados, incluso sin nosotros darnos cuenta. La presencia allí de Jesús – y de su/nuestra Madre – santificó plenamente el sacramento del matrimonio.

¡Qué ilusión comprobar que Jesús participó en aquella boda con su madre y sus discípulos, pasándosele bien y ayudando a que los comensales se alegraran con el **regalo** del *vino de mejor calidad!* (Jn 2,1-10).

Con ese **regalo**, Jesús quiso llenar de alegría y demostrar que la fiesta del amor humano, cuando se fundamenta en un amor sincero, puede y debe ser el comienzo de una realidad que va creciendo, con dificultades incluidas, e impregnándose del amor divino, fruto de la gracia que él ha depositado allí.

Porque sabemos que Jesús ha bendecido también nuestro matrimonio, nuestro amor, con su Amor y quiere nuestra felicidad en esa unión. Nuestra felicidad, no exenta de contratiempos – y muchos –, que se van superando, porque él está a nuestro lado. Nuestra felicidad con los hijos, con sus risas, con sus juegos y hasta con sus problemas que nos han producido dolor, pero un dolor que te anima a luchar hasta superarlo y reiniciar la alegría de seguir viviendo. Nuestra felicidad, hoy ya abuelos, con los nietos que nos inyectan una vida nueva, cuando la vida (física) va declinando.

Damos gracias al Señor por la institución de este matrimonio cristiano, bendecido por él como unión plena y permanente de un hombre y una mujer que el paso del tiempo no puede destruir porque es indisoluble. El propio Jesús, al condenar el divorcio, lo confirmó: *al principio no era así* (Mt 19,8).

Pero seguimos empeñados en enmendar la plana a Dios y relativizar todo lo que nos rodea, como si fuéramos los dueños del mundo. Intentamos convencernos de que nuestra vida es *nuestra* y, si es posible, incluso la de *el vecino* y pretendemos imponer nuestros criterios, olvidando que *el otro* también tiene los suyos. Somos, desde el matrimonio, *dos en uno*: un hogar, un proyecto común, unos intereses comunes... Pero, en el fondo, seguimos siendo *dos*, cada *uno* con su personalidad, que ambos debemos respetar para crecer juntos y enriquecernos mutuamente. Y en este caminar, sorteando y superando las dificultades, vamos fortaleciendo esa unión que se inició como semilla en la boda, y que puede, y debería, llegar a su plenitud en la vejez (¿o preferís *tercera edad?*; bueno...).

## PLENITUD EN LA VEJEZ

Y llegamos, otra vez, a los dos términos que parecen contrapuestos: **plenitud** en la **vejez**; sólo contrapuestos si nos referimos a la vejez cronológica, pero plenamente compatibles si admitimos (y como cristianos, lo admitimos) que el espíritu no envejece porque la muerte no es su fin, sino el principio de su verdadera vida. Y en la **vejez cronológica**, el alma ha llegado a acumular un acervo de experiencias que sólo el transcurrir de los años nos depara. Nunca tendremos **toda la experiencia**; pero no hay duda de que en la ancianidad se han sumado y confluyen todos esos datos que nos conceden el privilegio de ver el entorno con la naturalidad y la sensatez que sólo dan (o deberían dar) los años. Así ha sido en la historia de la humanidad, y se ha respetado, casi con veneración, al **anciano** de la familia, de la tribu, del pueblo... No tanto hoy en que se sobrevalora, o se valora exclusivamente, la fuerza física, el esplendor de la juventud..., como si eso fuera lo esencial del ser humano. Ya Jorge Manrique se adelantó criticando despectivamente esta monomanía de fuerza y juventud:

*Decidme: la hermosura  
y gentil frescura y tez  
de la cara;  
la color y la blancura  
cuando viene la vejez  
¿cuál se para?*

Y desde esta atalaya de la *vejez*, a la que sólo podemos ascender con los años, se puede enfocar la vida con una perspectiva nueva, porque ahí nos encontramos, no más cerca de Dios – que siempre está cerca –, sino más cerca del encuentro definitivo con el Padre, y nuestras sugerencias, nuestros consejos..., ya no están contaminados por interés personal alguno.

Ya en esta cima nos preguntamos por qué hemos estado *tan lejos* de lo que más nos debería haber interesado. Y podríamos exclamar con san Agustín: ¡Tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé! (*Confesiones* X, 27, 38).

¡Tan lejos del Señor que siempre ha estado esperando a nuestra puerta, protegiéndonos con cariño y con discreción en tantos momentos delicados de los que no somos conscientes! Y decimos: “bueno; suerte, casualidad, coincidencias...”. Cuando, en realidad, son *diosidencias*. Porque Dios es Padre y nos trata como a hijos, díscolos unas veces, descuidados otras; pero hijos.

En mil ocasiones se reitera en la Biblia esta ternura de Dios:

*Mira, te tengo grabado en las palmas de mis manos* (Is 49, 15).

*Nada temas, yo te he rescatado, yo te llamé por tu nombre y tú me perteneces* (Is 43, 1).

Y en el colmo de la ternura, susurra como una madre a su bebé: *Nada temas, gusanillo de Jacob, coquito de Israel* (Is 41, 14). ¡Qué hermoso!

Ese amor abarca toda nuestra vida: *Escúchame, casa de Jacob, restos de la casa de Israel, llevados por mí desde el seno materno. Hasta su vejez yo seré el mismo y los apoyaré hasta su canicie* (Is 46, 3-4). (Y hasta su *calvicie*, añadirán algunos). Así de detallista es el Señor: es Padre, *Abba* = papá.

Hace más o menos un mes, visitábamos a una religiosa agustina de clausura con la que solemos compartir, pues en ella se manifiesta el Señor con fuerza y, al mismo tiempo, con sencillez. Le contábamos algunos detalles con que el Señor nos había regalado y su reacción fue inmediata y espontánea:

-Pero ¿por qué nos llama eso la atención? ¿es que acaso Dios no es nuestro Padre?

¿Cuándo aprenderemos a ver la mano del Señor en nuestras vidas? No se trata de estar siempre en actitud meditativa o contemplativa; de estar continuamente inmersos en la presencia *real/consciente* del Señor, porque correríamos el riesgo de darnos un tortazo. Pero sí en la presencia *virtual* (como se dice ahora), porque, aunque nos cueste creerlo, lo cierto es que el amor de Dios nos rodea; estamos como inmersos en ese mar de ternura. San Agustín lo sintetiza bellamente, como siempre: Y he aquí que estabas Tú dentro de mí y yo fuera, y fuera te buscaba yo (*Confesiones* X, 27, 38).

- “Y he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y fuera te buscaba yo”. ¿Crees que esta afirmación de san Agustín es transferible al momento actual?

- Jesús participó en las bodas de Caná; asistió a banquetes con personas “non gratas” en aquella sociedad. Comentar cómo se manifiesta la “humanidad” de Jesús y, al mismo tiempo, su grandeza en esta actitud.
- Dialogar sobre las palabras de Isaías antes citadas ¿Vemos como algo normal la actuación de Dios en nuestras vidas, tanto en situaciones agradables como desagradables?

## MIRANDO AL PASADO

Creemos nosotros que *el otoño del matrimonio*, tal como hemos reflexionado hasta ahora, no es declive, acabamiento, sino su culminación, plenitud de vida, depósito de experiencias, final de *jornada* con la esperanza gozosa de estar casi tocando al *original* (Dios) a cuya *imagen* él nos quiso hacer.

Nosotros ya estamos en esa etapa de *otoño* o más bien de *plenitud*. Somos abuelos de seis hermosos nietos – y los que vengan – y ahora nos corresponde, según la cronología al uso, *envejecer*. Pero ¿acaso hay un punto de la vida en que *toca* envejecer? ¿Cuándo se empieza a envejecer? ¿A los sesenta, a los setenta? ¿Cuando llega el primer nieto y te enmarca en la categoría de “abuelo”?

Hasta *fisiológicamente* sería difícil dar una respuesta siquiera aproximada. No digamos ya *espiritualmente*, pues para los creyentes – y, muy a su pesar, también para los no creyentes – el alma no envejece: nace, a *imagen* de Dios; crece, desarrollando paulatinamente todas sus facultades; pero ni se reproduce, ni muere: al extinguirse nuestra vida fisiológica, el alma inicia su etapa definitiva de *inmortalidad*. El alma no tiene edad y, al iniciar esa nueva etapa, el tiempo ya no existe.

Así que lo de *envejecer* es muy relativo: **SÍ** *envejecemos* en lo fisiológico (y ojalá dure mucho este proceso); **NO** en lo espiritual: en este aspecto podemos, y debemos, tener más vitalidad, más riqueza de experiencias que en la juventud, y, por lo tanto, no hay *decadencia*, sino *plenitud*, como hemos visto antes. Es cierto que la manifestación de ese mundo interior, puede disminuir, o desaparecer incluso, por el deterioro fisiológico; pero, sin duda, el alma seguirá siendo dueña de todo lo que atesoró en su larga (o corta) *jornada*.

Por tanto, desde este otoño – llamémoslo así – de nuestro matrimonio, nos podemos preguntar cuándo y cómo empezamos a *envejecer*. Porque esta etapa de la *vejez* no surge así, de pronto, en un momento de nuestras vidas: es, más bien, el resultado de todo lo que hemos vivido antes. Vivencias, situaciones de nuestra juventud; ilusiones en los inicios de convivencia; problemas, dificultades en el trabajo; angustia ante la enfermedad de un hijo... Todo ese entramado de luces y de sombras va moldeando nuestra personalidad individual y nuestro proyecto común que, a lo largo de los años, ha ido creciendo, madurando, hasta este punto actual y que puede seguir desarrollándose hasta que Dios quiera.

Por eso, creemos que se empieza a *envejecer* desde que se nace: la alimentación, las costumbres, el modo de vida... van conformando nuestra *vejez* fisiológica; la educación, la formación religiosa o su carencia, la convivencia, la respuesta personal (antes y después del matrimonio) frente a

las situaciones de la vida... serán los escalones que, superpuestos día tras día, año tras año, nos elevarán a la cima, a la *plenitud* que el Señor espera de nosotros en el momento de rendir cuentas.

Son miles de cosas, de detalles, de situaciones de nuestro *pasado* las que han amasado nuestro *presente*; el de cualquiera de nosotros; el de todo ser humano.

En nuestro caso – y partiendo desde nuestra boda, pues queremos reflexionar sobre nuestro *envejecer, evolucionar juntos*, como matrimonio –, el repertorio de experiencias es numeroso y denso, como, sin duda, el de la inmensa mayoría de los matrimonios.

En aquella época – el año 62 ¡del siglo pasado! –, la decisión de casarse, aun contando con la natural irreflexión de la edad, se enfocaba como un paso definitivo y, por tanto, se tomaba, normalmente, como algo muy serio.

## HASTA QUE LA MUERTE OS SEPARE

En nuestro país, el divorcio no existía; la separación o la nulidad se consideraban algo excepcional. En consecuencia, era un compromiso “para toda la vida”. Tal vez esa perspectiva de permanencia era uno de los recursos para superar los problemas, las dificultades, las tensiones... que irremediamente surgen en la convivencia diaria. A esto se sumaría el componente religioso, pobre con frecuencia, pero que subyacía en la mayoría de los casos.

Ahora, la perspectiva de permanencia va perdiendo terreno y se pone como prioritario el derecho personal a *equivocarse* y, en consecuencia, el derecho a *rectificar*. La solución es evidente: *el divorcio*. ¡Y si hay prisas, para eso está *el divorcio exprés!*

No es necesario, por tanto, pensarlo demasiado. El *casamiento* (no sé si *matrimonio*) es más fruto de un momento de euforia (de un *calentón*, en lenguaje coloquial), que de una reflexión ponderada. Esto y la facilidad de *rectificar*, condicionan que se frivolicé una institución (la familia) que ya no necesita, no ya la seriedad de un *sacramento*, sino ni siquiera el compromiso de un *contrato* (civil). ¡Basta con la decisión de *convivir* mientras no sobrevengán problemas!

El caso es que los problemas sobrevendrán, aun con *sacramento* o con *contrato*. Y entonces, ¿qué? “Bueno”, nos decimos; “ya encontraremos una solución alternativa”. Para eso está el *relativismo* que se está imponiendo como único *dogma*, claro está, *no relativo*. Curiosa solución: *relativismo dogmático* que ni la paradoja más atrevida de nuestros poetas daría por válida. El dogma del *todo vale* que atenta contra el uso de la libertad bien entendida, que siempre tiene un límite y, por tanto, NO todo vale.

Y no queremos tener en cuenta que nuestra libertad – usada así, ¿es libertad? – de elección y rectificación puede perjudicar al *otro*: al cónyuge, o, lo que es más irracional, a los hijos que no tienen culpa de nada. Pero también para esto hay solución: *no tener hijos*.

No obstante, no se puede juzgar y, mucho menos condenar, el *hecho* del divorcio, como no podemos condenar el hecho de la *anulación* eclesiástica. El divorcio, en principio, sería el equivalente *civil* de la *anulación* eclesiástica. Y en una sociedad pluralista, como la nuestra, no es posible imponer nuestro modelo cristiano a los no creyentes. Incluso, ni a los creyentes que toman esa opción.

La Iglesia **no** admite el divorcio eclesiástico; **sí** la anulación, – si procede –, aunque no rechaza de su seno a los divorciados. Pero sólo a Dios le corresponde juzgar. Cristo condenó el adulterio, no a la mujer adúltera: *Tampoco yo te condeno. Vete y no peques más* (Jn 8,11).

Lo realmente incomprensible son esas parejas que se deshacen y se vuelven a rehacer una y otra vez. Eso, más que *rectificar*, es *frivolizar* con algo muy serio, pues afecta, al menos, a dos personas. Se puede, aunque no se deba, “jugar” con uno mismo, pero no con el *otro*, ya que el otro no es prolongación de uno mismo.

Puede haber, sin embargo, casos extremos, y todos conocemos alguno, en que ni la propia estabilidad sentimental de los hijos aconseje la continuidad de la convivencia, pues es peor para ellos presenciar constantes enfrentamientos, malos tratos... o más entre la “pareja”, que la ruptura del hogar. En realidad, ya no es hogar, pues no hay *convivencia*, sino más bien *coexistencia* o *cohabitación*.

¡Y no hablemos de los, llamados, *matrimonios “homo”*, que exigirían una reflexión serena, un capítulo (y largo) aparte!

Hablamos aquí del *matrimonio cristiano*, que es, evidentemente, un *contrato*, pero elevado a la categoría de *sacramento*, categoría no asumible en las convenciones sociales, pero impregnado de una dignidad para los cristianos, trascendente y bendecida por Dios.

Este enfoque religioso-cristiano en que intentamos cimentar nuestra vida los que nos movemos en esta “honda”, puede tener un fundamento muy variado, enraizado en la trayectoria de cada cual: experiencias personales o familiares, la educación, el lugar donde se reside, los amigos...; en síntesis, todo nuestro entorno. Se podría aplicar aquí la famosa frase de Ortega y Gasset: *Yo soy yo y mis circunstancias*.

En nuestro caso concreto, está una experiencia familiar con que el Señor nos bendijo y que creemos que debemos aportar, pues es, sin duda, el origen de nuestra vivencia cristiana actual y, por tanto, el desencadenante de estas “reflexiones de un matrimonio cristiano”, como reza el subtítulo. Para nosotros fue como el momento del “toma y lee” de san Agustín (*Confesiones* VIII, 12, 20).

Podemos afirmar que todas las “reflexiones” que aportamos en este trabajo, desde el principio hasta el final, están en función de esa experiencia.

## **EL SEÑOR SANA**

Éramos cristianos “del montón”, como se suele decir. Ahora, somos cristianos que “intentamos” “vivir” nuestra fe con seriedad. En definitiva, ser coherentes en nuestro actuar, con lo que decimos creer.

Resumimos los hechos – hay muchísimos otros detalles y manifestaciones del amor de Dios a lo largo de aquellos meses –, pues esa experiencia, y todo lo que de ella se deriva, *es* (no sólo *fue*) tan duradera y profunda que cambió nuestras vidas y alcanza hasta estos momentos. Sin duda *fue*, y *es*, lo que marcó la pauta de nuestro *envejecer juntos*.

Ocurrió a principios del año 1979. El tercero de nuestros hijos – tenemos cinco –, de doce años, empezó a sentir unos dolores, cada vez más fuertes, en la región mandibular izquierda. Un estudio radiológico diagnosticó un posible tumor. La biopsia lo confirmó. Nos remitieron a la clínica “Puerta de

Hierro” de Madrid y allí se confirmó el diagnóstico de Salamanca: *Sarcoma de Ewing*. Para entendernos: cáncer de hueso sin posible curación, según todos los médicos. La parte izquierda de la mandíbula inferior estaba ya destruida. El proceso era galopante. Le aplicaron radioterapia y quimioterapia y, al final, nos enviaron a casa, para seguir el tratamiento en Salamanca. Al salir de la clínica, lo recuerdo perfectamente, le preguntamos al director del departamento de oncología qué esperanzas podíamos tener. La respuesta fue tajante: “clínicamente, ninguna; y queda poco tiempo”.

Desde Madrid, antes de volver a casa, nos fuimos con los cinco hijos – la pequeña tenía tres añitos – a Lourdes, pues era su ilusión. Y, la verdad, también era nuestro “clavo ardiendo”. Se bañó en las piscinas, pero, aparentemente, no ocurrió nada. Sin embargo, allí tomamos la decisión de **no seguir** con un tratamiento que, de antemano, ya nos decían que era inútil. El niño era el más decidido, pues le resultaba muy doloroso y había oído cómo una enfermera le decía a otra que iba a morir.

Decidimos seguir sólo y exclusivamente con la oración. El Señor ya se había manifestado en momentos concretos: venían a casa a orar personas de un grupo católico; personas de mucha oración y con plena fe en las palabras del Señor: *Os aseguro que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial* (Mt 18,19).

En uno de esos momentos de oración – recién realizada la biopsia –, el Señor nos dio una respuesta a través de una de esas personas: *Sufriréis mucho, muchísimo; pero el niño sanará para mayor gloria de Dios. No lo olvidéis: **para mayor gloria de Dios.***

Seguimos, no obstante, el tratamiento médico, como hemos dicho ya, hasta volver de Lourdes.

Ahora, nuestra confianza estaba sólo en el Señor y *aceptábamos su voluntad*. A las pocas semanas, ya abandonado el tratamiento, el proceso se invirtió, también de forma galopante: la inflamación enorme fue reduciéndose y la mejoría era visible. No volvimos al clínico, tal como habíamos decidido. Sí fuimos, sin embargo, al radiólogo que, desconcertado por lo que aparecía en la radiografía, nos preguntó:

- ¿Qué estáis haciendo?
- Nada.

Le contestamos así, pensando que los médicos no ofrecen mucha credibilidad a lo que no es “su ciencia”.

Ante lo inexplicable para él del caso, nos pidió que volviéramos cada ocho días. Así lo hicimos y a cada nueva radiografía, el asombro del doctor iba en aumento: el tumor se reducía por semanas. Decidimos, entonces, decirle lo que estábamos haciendo: *orar*. Su reacción fue inmediata:

- Es lo único que puede salvarlo, pues, científicamente, esto no tenía solución. Es un milagro.

Nos confesó que era creyente. Dos o tres semanas después, observó la radiografía recién hecha con suma atención y nos dijo:

- El tumor ha desaparecido: el hueso está totalmente regenerado, de tal forma que ni se nota de qué lado estaba.

Llegados a este punto, creemos que huelga cualquier comentario. Dios había actuado y la profecía recibida en oración se había cumplido. Esos meses *sufrimos* lo indecible, pero el niño había sanado **para mayor gloria de Dios.**

## UN NUEVO SER-CRISTIANOS

Mirando ahora hacia atrás, tenemos que reconocer que hemos sido unos privilegiados del Señor. Así pues, desde aquel momento nos integramos plenamente en esos grupos de oración. Sabemos que no saldamos nuestra deuda con Dios; tampoco lo pretendíamos. Tal vez no sea adecuada la palabra “deuda”, ya que todo lo que El Señor nos regala es un *don gratuito*, manifestación de su amor, y no necesita que nos declaremos sus *deudores*: jamás podríamos corresponder equitativamente al regalo recibido. Pero sí podemos, y debemos, ser agradecidos; podemos y debemos alabarle y bendecirle, y colaborar para que otros puedan *encontrarse* con ese Dios Padre, que en una *locura de amor* nos llama *hijos*, y *en verdad lo somos* (1 Jn 3,1).

Sin duda, en muchas ocasiones no hemos sido totalmente fieles a la llamada del Señor. Nos hemos dejado llevar del desánimo, del cansancio, de las ganas de “tirar la toalla”: pero basta ver a nuestro hijo – hoy es profesor de Bellas Artes – y reaccionamos: no tenemos derecho a regatear al Señor y, como siempre, en la **oración**, reencontramos el camino.

Sin duda ahí está el secreto para mantenerse en la fidelidad *hasta la muerte*, que se prometió en la boda: nos alimentamos para seguir vivos; entonces, ¿qué tiene de extraño que el *amor para siempre* se extinga, si no lo alimentamos con la oración? Hay situaciones, hay crisis que ni el psicólogo ni el psiquiatra serán capaces de solucionar: sólo el encuentro vivencial con Dios nos dará fuerzas para superarlo.

Ahí se encuentra el fallo de nuestro *ser-cristiano*. Oficialmente, en nuestro país somos católicos la gran mayoría, pero (se suele decir) no “practicantes”. Cuando escribimos estas líneas – mediados de agosto de 2008 –, estamos en plenas olimpiadas. ¿A quién de nosotros se le ocurriría poner en boca de esos atletas: “soy nadador, pero el agua me produce alergia”; o “soy ciclista, pero la bicicleta la uso sólo para darme un paseo”?

Si somos cristianos, somos *hombres de Cristo*, decía el viejo catecismo. Y si somos hombres de Cristo, tenemos que comprometernos con su palabra: *El que **acepta** mis preceptos y los **pone en práctica**, ése me ama de verdad* (Jn 14, 21). El mensaje de Jesús es bien claro: No nos dice que sólo le ama de verdad el sesudo exegeta, el investigador serio que escudriña el último sentido de sus palabras. Ahí no encajaría casi ninguno de nosotros, aunque nos creemos cultos. Y mucho menos el hombre sencillo que no ha tenido la oportunidad de cultivarse.

Y por si no acabamos de entender que para *amarle* no es imprescindible “haber estudiado en Salamanca” (¡qué cursilería!) o, al menos una formación media, el Señor lo aclara: *Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los **sencillos*** (Lc10, 21).

Nos pide sólo *aceptar* su preceptos (lo de aceptar nos resulta relativamente fácil) y *ponerlos en práctica* (esto ya se nos hace más cuesta arriba). Pero no hay otra alternativa: o lo tomamos o lo dejamos. Y, aparte de su primer y principal mandamiento: el **amor**, nos insiste innumerables veces en la **oración**: es el único método para ser capaces de *aceptar y poner en práctica* sus preceptos.

En Getsemaní, como si fuera su último deseo para nosotros, decía: *Estad en vela t pedid no ceder en la prueba* (Mt 26, 41). Y lo mismo repite, por dos veces, en Lc 22, 39 y 46.

Pero nosotros pensamos que somos más fuertes que él mismo y no necesitamos orar. O nos disculpamos dejando la oración para los curas, los frailes y las monjas. Pero ahora que este “gremio” anda más bien escaso, ¿quién va a orar?

Claro, y así caemos en la tentación de *no orar*, precisamente porque *no oramos*: el círculo *vicioso perfecto*, valga la paradoja.

- Como cristianos “modernos”, ¿pensamos que los milagros son cosa del pasado?
- ¿Vemos a Dios como Padre o como Juez?
- ¿Creemos que para ser “practicantes”, basta con “ir a misa todos los domingos y fiestas de guardar”?

## VIVIENDO EL PRESENTE

La jubilación es, sin duda, un punto clave en nuestras vidas. Dejamos el trabajo diario que, durante muchos años, ha llenado nuestro tiempo y, ya oficialmente “viejos”, nos enfrentamos a un futuro incierto. Casi como el joven que ha terminado su carrera y busca el primer empleo.

- ¿Qué hacer ahora? -nos preguntamos.

Y efectivamente, si no hemos previsto de antemano esa situación, pueden surgir problemas:

- No tengo nada qué hacer. Me encuentro como vacío. Cada día que amanece es un día más de aburrimiento.

Y, sin darnos cuenta, vamos cayendo en la depresión, en el convencimiento de no servir para nada, de ser un estorbo, casi deseando morir. Sólo “deseando”, pues en cuanto nos visita cualquier enfermedad, tocamos madera:

-Bueno, Señor; espera un poco más, que a lo mejor encuentro algún “apaño”.

Y así “vamos tirando”. Pero es que no se trata de “ir tirando”, de encontrar un “apaño”, sino de llenar esta etapa con ocupaciones nuevas, con ilusiones renovadas. *Envejecer* no es sumar años a la vida, sino impregnar de vida esos años. El modo ya es algo personal. Pero la solución existe.

Por gracia de Dios, nosotros no hemos tenido ese problema: las horas del día nos quedan cortas. Y, como es de suponer, nuestra solución nos viene dada desde esa experiencia personal y familiar. Aparte, claro está, de otras ocupaciones derivadas de la profesión o de la afición.

Si queremos entregarnos al Señor, no nos va a faltar trabajo. En este “empleo”, la verdad es que no hay mucho paro. Ya lo dijo Jesús: *La mies es mucha y los obreros, pocos*.

Recuerdo muy bien que cuando me jubilé, le dije al Señor: “Mira, Señor; quiero que el tiempo que me reste de vida sea para Ti. Ilumíname para saber cómo llenarlo y dame fuerzas para llevarlo a cabo”.

Y el Señor aceptó mi pobre oferta. Bueno; nuestra oferta, porque mi esposa ya me llevaba mucha ventaja en esta dedicación. Yo tengo que

reconocer que, en mi nuevo trabajo en la viña del Señor, he estado más tiempo “de baja” que produciendo. Pero sigo empeñado en responder a su llamada.

Como todos sabemos, hay mucho sufrimiento, muchos problemas. Y buscamos una solución, como sea: en la medicina, en el yoga (hoy de moda), en los curanderos, en los videntes, en la droga, en las diversiones...

Cuando, por bendición de Dios, nuestro hijo recuperó la salud – ya hace veintinueve años –, se nos abrió un camino nuevo. Estas cosas se divulgan y es difícil saber cómo. Nosotros, desde luego, no lo intentamos. Pero empezamos a recibir llamadas de los lugares más insólitos; visitas de personas desconocidas para preguntarnos qué habíamos hecho. La respuesta era siempre la misma: **ORAR**. Y la reacción, claro está, casi siempre de desconcierto.

En un no creyente, y hubo muchos, esa reacción es normal. Pero ¿por qué ese desconcierto en un creyente?

No acabamos de aceptar (sí intelectualmente, pero no como experiencia personal profunda) que Dios es Padre y que su AMOR es siempre sanador. Si pedimos con la fe expectante, carismática, de la mujer cananea, de la hemorroísa, del centurión... el Señor responde, pero *según su voluntad*, no la nuestra.

Jesús garantiza el poder de la fe. Se repite esa promesa una y otra vez en los evangelios. En Jn 14,12ss, leemos: *El que cree en Mí, hará las obras que yo hago y aún mayores... Si me pidieréis alguna cosa en mi nombre, yo la haré...*

Es la fe en Cristo, Señor, Salvador y Mesías, la que sana. La fe que todos tenemos por el bautismo, pero que no la hemos **regado** con la **oración**, y sigue ahí, pero raquíca. Y Cristo nos invita infinidad de veces a orar –*velad y orad*– y él mismo se *retiraba* para orar.

Sin embargo, tampoco nos exige el Señor una fe sin medida. Basta que sea *como un grano de mostaza*, pero auténtica. Porque, si el grano de mostaza ya está caducado o débil, no se convertirá en arbusto: no dará fruto.

Fe y oración: es el binomio que nos injerta en la Persona de Jesús, y sólo unidos a él daremos fruto. Pensamos que basta con saber mucho de Jesús. Pero el asunto no es *saber mucho de*, sino *convertir en vida*, eso que sabemos. Y sólo con la oración pasaremos del *conocimiento* de Jesús a la *experiencia* de Jesús.

En principio, la gente nos llamaba – y nos llama –, buscando *los panes y los peces*. Es normal: todos deseamos encontrar el alivio para nuestros males. Prácticamente nadie se niega a la oración: cuando “el agua nos llega al cuello”, estamos más receptivos. Lo cierto es que, si nos abrimos a la acción del Señor, su amor actúa: sanando, liberando, inundando de su paz que nos predispone a **aceptar su voluntad**.

Pero estas experiencias sobrepasan el espacio de este folleto y, tal vez, el tema que se nos encomendó. Sólo queremos expresar nuestro convencimiento de que, mientras no nos abramos plenamente a la acción del Espíritu, nuestro cristianismo será más de rutina, de tradición, que de compromiso personal. Tal vez planificamos demasiado. Sin embargo, el Espíritu se manifiesta en la sorpresa: *sopla donde quiere y cuando quiere*. Y frente a nuestros *grandes proyectos, asambleas...*, Dios prefiere revelarse en lo sencillo, en la brisa tenue, el ligero y blando susurro (1 Re 19, 12b), en el encuentro personal, que es *más fácil* en **pequeños grupos**.

El entonces Cardenal Ratzinger, hoy Benedicto XVI, escribía en su libro “Diálogos sobre la fe:” *Una señal de esperanza en la Iglesia es la aparición de nuevos movimientos que nadie había planificado ni esperado, pero que surgen espontáneamente de la vitalidad intrínseca de la fe. En ellos se vislumbra algo así como la aurora del Pentecostés de la Iglesia: pienso en particular en la Renovación Carismática, las Comunidades Neocatecumenales, los Cursillos, los Focolares...*

Nuestra experiencia en la Renovación Carismática nos lo ha confirmado. Llenamos nuestro tiempo de *envejecer juntos*, colaborando con el Señor en esos grupos.

Una última experiencia que está relacionada con esto de *envejecer*. Hemos iniciado un grupo en una Residencia de Mayores. En esas Residencias – al menos en la que visitamos periódicamente –, tienen cubiertas todas sus necesidades materiales e, incluso, espirituales: capilla, sacerdote... Pero al intimar con ellos, detectamos el sentimiento de soledad, de sentirse “aparcados”, inútiles... Y esto tiene muy difícil solución a nivel general. Pero es muy distinto en el grupo pequeño. No hacemos *terapia de grupo*, sino *oración en grupo*, espontánea y, al final, compartida. Se abren, les hacemos ver que pueden orar por los demás, que pueden ayudar a otros residentes... En resumen, que pueden ser útiles. Y esto, podemos asegurar, *rejuvenece* su *envejecer*. Y, de paso, nosotros, que creemos que vamos a dar, salimos enriquecidos. ¡Cuántas veces y con qué cariño nos dicen: “Que Dios les dé salud para seguir viniendo”!

## ESPERANDO EL FUTURO

Evidentemente, para nosotros ya no es momento de pensar en un futuro temporal – que tampoco olvidamos –, sino en el futuro en la casa del Padre, en el sábado de la vida eterna de que habla san Agustín (*Confesiones* XIII, 36, 51), cuando llamemos a la puerta del Señor y se nos abrirá (*Confesiones* XIII, 38, 53). Un futuro que ya no será “futuro”, sino “eterno presente”, pues el “tiempo” habrá dejado de contar.

Pero mientras llega ese futuro, queremos seguir viviendo plenamente el presente que Dios nos regala. Y al levantarnos, le damos gracias por el nuevo amanecer y nos ponemos en sus manos de Padre, que siempre nos está esperando, como en la parábola del hijo pródigo. Porque, efectivamente, creo que todos – nosotros con seguridad –, seguimos siendo hijos pródigos toda la vida, que queremos volver a la casa paterna, pero que no acabamos de abandonar esas indiferencias, rechazos, dudas, veleidades, para con él y con nuestros hermanos. Caemos, no una, sino mil veces; pero él nos echa *una* mano para levantarnos *mil una*.

Intentamos seguir trabajando en la *viña* a la que nos ha llamado. Seguimos escuchando al Señor, primero, y a los que nos piden ayuda. Que no sólo hay enfermos físicos; son tal vez más frecuentes los problemas psicológicos, y damos gracias a Dios por las maravillas que hace tanto en unos como en otros.

Hemos descubierto el gozo de ser abuelos en el contacto con los nietos: su sonrisa, su inocencia, su confianza... Con ellos, el *envejecer* se transforma

en un privilegiado *rejuvenecerse*. Vemos que nuestra vida, don de Dios, renace en su vitalidad desbordante.

Y ese gozo de ser abuelos lo disfrutamos cada fin de semana cuando nos juntamos (abuelos-hijos-nietos) para compartir el alimento y el júbilo de volvernos como niños, viéndolos jugar y jugando con ellos.

¿Qué más podemos pedir? Podemos, y lo intentamos, ayudar a tantos hermanos que lo necesitan, disponemos de tiempo para nuestras aficiones, tenemos a nuestros hijos y nietos cerca de nosotros...

“¿No estás siendo demasiado generoso con nosotros, Señor? ¿Y nosotros contigo?”.

Sólo pedimos que no tenga en cuenta todos esos fallos, cuando le regateamos nuestro tiempo a él y, lo que es peor, **a él** en los que nos rodean y esperan que seamos para ellos los brazos, las manos, los ojos de Jesús... Seguro que es también lo que espera de todos los que nos llamamos **crístianos**.

Cuando sentimos nuestro cansancio por el largo caminar; cuando nos pesa más la tentación de deprimirnos por lo que nos separa de Dios que de animarnos por lo que nos acerca a él, repetimos la **oración** (nunca mejor dicho) de san Agustín: **nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti** (*Confesiones* I, 1, 1).

- ¿Crees que en la “economía” de Dios se recibe más dando que recibiendo?
- ¿Nos estamos dejando arrastrar los cristianos por el escepticismo, y racionalismo imperantes, más que por el “susurro” del Señor que nos habla en su Palabra, en el clamor de los hermanos que sufren?
- En nuestros problemas ¿creemos que el Señor nos puede ayudar tanto o más que los profesionales de la medicina, la psicología...?

